

NO SOMOS INMORTALES, NI VIVIMOS DOS VECES, NI FALTA QUE NOS HACE

AUTOR: NAZARIO YUSTE ROSSELL

PROCEDENCIA: CLAUSURA DEL AULA DE MAYORES DE ROQUETAS DE MAR.
UNIVERSIDAD DE ALMERÍA, 6 DE JUNIO DE 2008

GÉNERO: CONFERENCIA

Nazario Yuste Rossell es Catedrático de Psicología. Es Licenciado en Filosofía (Roma, 1959), Licenciado en Filosofía y Letras (Madrid, 1962); Diplomado en Periodismo (New York, 1964); Licenciado en Derecho (Santiago de Compostela, 1968) y Doctor en Psicología por Universidad de Granada, (en 1996).

Su actividad docente como profesor la ha ejercitado en la Universidad de Granada (1971-1993) y posteriormente en la de Almería (desde 1993). Ha sido también profesor de Cursos de Doctorado de la Universidad de Lisboa, de la de Coimbra, de la de Granada, y de la Universidad de Extremadura y profesor del Master de Gerontología de la Universidad de Granada. Entre sus distinciones se encuentran la de Socio Numerario de la Sociedad Española de Geriátrica y Gerontología, Distinción de Honor del Colegio de Psicólogos de Andalucía Oriental (2001) y Escudo de Oro de la ciudad de Almería (2004).

Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades. Queridos alumnos y amigos todos.

Leonard Hayflick, profesor de la Universidad de California, en San Francisco, descubrió que las células humanas crecen y se reduplican unas cincuenta veces de media, para luego, envejecidas, abocar a la muerte. Es lo que se conoce como límite Hayflick, que se ha traducido en el equivalente a unos ciento veinte años de vida.

La base física de ese límite es una sección de ADN, el telomero, que se acorta cada vez que la célula se renueva o reduplica; al llegar los telomeros a cierta longitud mínima, coincidente con más o menos cincuenta renovaciones, la célula entra en fase terminal, sin más perspectivas de reemplazo. Ahora bien, toda célula posee un gen, el gen telomerasa,

idóneo para restituir la longitud inicial de los telómeros; pero ocurre que, en la mayoría de células, dicho gen es vago, ocioso; el caso es que está inactivo. Sin embargo, si se introduce, en las células, un gen telomerasa activo, ellas pueden volver a dividirse y renovarse indefinidamente.

Esta capacidad de permanente división superaría del límite de Hayflick, y parece que la inmortalidad dejaría de ser una quimera. Pero como son muchas veces, ya, las que se han roto las ilusiones, todos nosotros seguimos teniendo clara nuestra condición de mortales, aunque más de una vez, a cualquiera, le agrada fantasear con lo contrario, lo que le permitió a Pitágoras afirmar que el hombre es mortal por sus temores e inmortal por sus deseos.

Deseos que más de uno se ha esforzado y se afana en hacer realidad, como el rey de Babilonia, Gilgamesh, que hacia 2650 a.C. encarna la sed frustrada de inmortalidad, después de haber cantado:

*“Ur-shanabi es una planta de maravilla
gracias a ella el hombre renueva la vida.
La llevaré a Uruk, la bien cercada,
la compartiré, la daré a comer,
su nombre será "el Viejo Rejuvenece".
Después, volveré a mi pasada juventud
pues también yo de ella comeré”.*

Son muchas las utopías y los mitos –aunque todos con mal sabor de boca- que la literatura ha cuajado a este propósito. A vuela memoria, cabe evocar:

- ◆ a Utnapishtim, héroe sumerio mitológico, a quien los dioses concedieron la vida eterna como premio por su obediencia con ocasión del diluvio universal;
- ◆ a Sísifo, forzado a acarrear eternamente una gran piedra hasta lo alto de un monte;

- ◆ a Gulliver, el hijo de Jonathan Swift, quien de paso por Luggnagg, conoce a genuinos inmortales; pero al tratarlos se le derrumba el mito, pues esos inmortales ostentan un penoso saldo de caducidad y desvarío, capitidismuinidos socialmente e incapacitados legalmente. Conclusión: inmortalidad no equivale a eterna juventud.
- ◆ a Drácula y a sus colegas, aunque estos en realidad, y originalmente, adolecen de ser proscritos de la humanidad por el desdoblamiento eterno de no-vivir y no-morir.
- ◆ De similar modo, en *La nave de un millón de años* de Poul Anderson, se apunta la existencia de unos pocos inmortales, en la historia de la humanidad, inmunes a la enfermedad, al envejecimiento, y a la muerte, siempre que se cuiden de accidentes; por lo que, siendo a la vez mediocres y torpes, su no-morir es un sin-vivir.
- ◆ Pienso, cómo no, en Ashaverus o Asuero, judío errabundo, castigado por ultrajar a Cristo camino del Calvario, que presenta un sin fin de nombres, como Larry el Caminante, Michob-Ader, Juan Espera en Dios, o Juan de Voto de Dios, como lo llama Cristóbal de Villalón en *Viaje de Turquía*; y también Buttadeu, en cuya término se ve la raíz de dios; y Joseph Cartaphilus, que usa Borges en *El Inmortal*.

Lo que me lleva a evocar este último y pasmoso relato, en el que ese inmortal, resulta ser Homero, perenne a través del tiempo y de distintos sujetos, que sufre la obsesión por rescatar el propio óbito, y que se queja de que dilatar la vida de los hombres es dilatar su agonía y multiplicar el número de sus muertes.

De Borges no hay más remedio que saltar a Virginia Woolf, aunque el orden cronológico sea al revés, ya que su *Orlando*, que Borges tradujo al español, es más de diez años anterior al Homero borgiano. Orlando, el héroe de Virginia Wolf, lleva más de cuatro siglos de existencia, sumido en ciclos nuevos, asumidos con naturalidad, incluso metamorfoseado de hombre a mujer -inmortal de dos sexos consecutivos-, pero viviéndolo todo sin envejecer.

Y ya, metido en el ambiente, recuerdo a Aldous Huxley, autor de *El mundo feliz*, donde la generación de mediados del siglo XX averiguamos la posibilidad de que el futuro sea terrible: sin envejecimiento, sin muerte, sin dolor, con individuos satisfechos de su status social, ajenos a la idea de culpa o de castigo. Un mundo, en suma, feliz, pero sin libertad, y por tanto deshumanizado.

Siete años después de *El mundo feliz*, Huxley publica, en 1939, *Viejo Muere el Cisne*, alegoría de la desesperación por sobrevivir, o del permanente temor a la muerte, que se diluye al descubrir que la leyenda fáustica sobre que la juventud está divorciada de la inmortalidad, que no es más que la imbécil mocedad de unos monos, en un sótano, sin posibilidad de comunicarse intelectualmente.

Hemos citado al judío errante, sin decir que su nombre y su leyenda se expanden universalmente, relacionándose con la música de Schubert, con el cine (la película *Pandora y el Holandés errante*, con Ava Gardner y James Mason, se basa en la leyenda del hebreo trotamundos), y sobre todo con la literatura, donde confluyen escritores como Goethe, Wordsworth, Papini, el Padre Feijoo en *Cartas eruditas y curiosas*; o Enrique Pérez Escrich con *El mártir del Gólgota*, que adaptada al teatro se convierte en el drama tradicional que se representa en ciudades y pueblos de Nicaragua durante los días de Semana Santa. Asimismo lo retomó el conde polaco Jan Potocki, en *El manuscrito hallado en Zaragoza*; y George Silvestre Viereck y Paul Eldridge, autores de una especie de autobiografía, titulada *El judío errante, mis primeros dos mil años*. No podemos olvidar a García Márquez, que asocia, en *Cien años de soledad*, el paso del judío errante, por Macondo, a los tiempos del cólera en Colombia, lo que es acorde con la tradición de que por donde él transita sólo hay muerte, desolación, y desventura. Está también Marco Denevi, escritor argentino, quien, en *Falsificaciones*, colección de cuentos cortos que el califica de hechos históricos, identifica el judío errante con Lázaro, a quien Jesús resucitó diciéndole "levántate y anda"; pero con lo que le dio únicamente la posibilidad de vivir, no la de morir porque ésta ya la había usado antes.

Pero sin duda, por encima de todos, la leyenda se relaciona con Eugenio Sue, cuya novela consiguió tal difusión que Marx y Enghels tuvieron que dedicarle muchas páginas en su obra *La sagrada familia*.

Siendo hoy prácticamente desconocido, Sue era, en la década de 1840, uno de los autores más leídos e influyentes de Francia. También era de los más prolíficos, afirmándose que tenía varias secretarías, a las que él, pasando de un cuarto a otro, iba dictando suministros de distintas novelas. Dos años persistieron las entregas de *El Judío Errante*, que al traducirse en España propició que fuera considerado el escritor más popular y acaso el más profundo conocedor del corazón humano.

El Judío Errante es, en esencia, la historia de un humano condenado, por tiempo indecible, a no serlo del todo, vagando eternamente, sin poder morir ni envejecer nunca, en busca de respuestas, como secuela de su error juvenil de haber pegado a Jesús, caído con su cruz en la vía de la Amargura, gritándole ¡vamos, levanta! ¡Camina! Y el Cristo lo miró contestándole “y tú caminarás hasta el final de los tiempos”; cosa que yo, como cualquiera que sepa quien era el Cristo, no creo. Pero que Sue lo aprovecha, de modo impertinente, para culpar a los jesuitas de todos los males del mundo; lo que imita Blasco Ibáñez en su novela *La araña negra* en una feroz crítica anticlerical.

El tema de la inmortalidad, con judío errante o sin él, es sumamente recurrente en la literatura. Simone de Beauvoir, en 1946, con perspectiva cercana al existencialismo, escribe *Todos los hombres son mortales*, que se lleva al cine, en 1995, dirigida por Ate de Jong. En su novela, Beauvoir narra la historia del italiano Raimundo Fosca, quien consigue vencer, merced a una poción, al tiempo. Se torna inmortal, inmune a la enfermedad, a los males, al desgaste, al envejecimiento.

El título está tomado de la premisa mayor en el ejemplo más conocido de silogismo de la primera figura, modo *darii*. Pero con ese título, la progresista, feminista y defensora acérrima de los derechos de la mujer, Simone de Beauvoir, se muestra incongruente; y me sorprende que las feministas no hayan estado al tanto. Para ser positiva, para no privar a sus congéneres del derecho y del alivio de morir, la novelista debió añadir, a ese título de *Todos los hombres son mortales*, “y las mujeres también”, como hizo, en su obra de teatro, el madrileño Fausto Verdial.

Pero el título mondo y truncado de Beauvoir me desentierra, por estar ahora de actualidad, el lance de una joven periodista argentina, al rodar un documental, en Cuba, precisamente titulado *Todos los hombres son mortales*. En él, mediante encuestas, quería exponer la posición del pueblo cubano el día que Fidel muriese (en las entrevistas no dice muriese, sino “el día que Fidel no esté”). El documental termina con la respuesta de un airoso militar: “espero que el Comandante sea lo suficientemente inteligente como para dejar el poder cuando todavía esté vivo”. Ya sabemos que así lo ha hecho.

Bien. Tantas letras y tanto mito ¿nos han hecho olvidar la biología? ¿No recordamos ya el límite Hayflick? Volvamos a la ciencia.

Se sabe que, aunque siempre hay que contar con las influencias ambientales, el desarrollo del ser vivo está convenido genéticamente; no obstante, es problemático establecer cuáles son los factores que precisamente regulan los procesos involutivos que parece llevan a la senectud y a la muerte; se ha hablado de una dependencia de la hipófisis, o del cerebro, y por descontado del corazón, y a veces incluso del propio caudal sanguíneo.

Esto último es lo que debió pensar el Papa Inocencio VII, o quizás fueron sus médicos, quienes para rejuvenecerlo procedieron a transfundirle sangre de tres chicos jóvenes; la subsiguiente muerte repentina del Pontífice, en 1406, a sus setenta años, viene certificada por la historia, a veces como apoplejía, a veces como envenenamiento.

Aunque una y otra explicación se encuadran en el momento histórico (cisma de Occidente y agrias pugnas con el antipapa Benedicto XIII, nuestro Papa Luna, guerra en Roma entre güelfos y gibelinos, revueltas en la misma Ciudad Santa, promovidas por Ladislao, rey de Nápoles, precisamente quien había contribuido a mantenerle en el solio pontificio, y a quien tiene que excomulgar), el premio Nóbel de Medicina Alexis Carrel juzga la muerte del Pontífice como accidente técnico, sin duda por falta de control en los grupos sanguíneos, que hoy se saben necesarios –entonces no- para toda transfusión.

Más esfuerzos. En 1889, Charles Brown Sequard, fisiólogo francés de 72 años, informó que una inyección intramuscular, de extractos de testículos de cobayos y perros, le restauraban la vitalidad sexual en pocos meses, aumentándole también su fuerza muscular. Fue lo que se conoció como el “elixir Brown Sequard”, que le impulsó al estudio y uso médico de extractos testiculares como medio de prolongar la vida.

Murió en 1894, a los cinco años de experimentar consigo mismo, oficialmente de congestión cerebral, pero ya el tratamiento le había dado la fama, como precursor de la opoterapia, o atención a las enfermedades con extractos de órganos animales. Posteriormente, se demostró que su método era inefectivo y que sólo había actuado como placebo. Sin embargo, la medicina lo reconoce como primer científico en insinuar que parte de los síntomas de la senescencia de los hombres podría deberse al ocaso de la actividad gonadal por merma de la producción de alguna sustancia vital.

Nadie todavía hablaba de testosterona; fue, en 1939, cuando Leopold Ruzsicka recibió el Premio Nobel de Química por descubrir la Testosterona y la Androstenediona, ambas hormonas del testículo. A partir de ese momento se comenzó a medir los niveles de

esas hormonas para poder estudiar, biológicamente, los síntomas que los varones experimentan según avanza su edad.

En una línea parecida a la de Brown Sequard, el médico y fisiólogo austriaco, Eugenio Steinach, ensayó alargar la vida de muchos ancianos, trasplantando tejido testicular de monos jóvenes; y todo ligando los canales deferentes para degenerar los tubos seminíferos; esto debería estimular la glándula, e incrementar por tanto la producción de hormonas masculinas a través del tejido intersticial del testículo, y suscitar, en definitiva, el rejuvenecimiento. Es una especie de vasectomía, que invierte, según decía su inventor, el proceso natural de envejecimiento: el corazón se hace más fuerte, la musculatura se refuerza, el caminar es firme y erguido, el sueño se restaura.

Se sometieron a la operación Steinach, entre otros, el propio Sigmund Freud, y los premios Nóbel de literatura Knut Hamsun y William Yeats, quien a sus 69 años, confiesa sentirse como un toro y hallarse en la etapa más creativa de su vida; el sexo se ha convertido para él en un poderoso aliciente, y se le relaciona con la actriz Margot Ruddock, cuarenta años más joven, que además de enamorados poemas le lleva a consumir una gran pasión

Igualmente, Sergio Voronoff, fisiólogo ruso nacionalizado francés, logró fama por su fáustico rastreo de la eterna juventud. Partiendo de la idea de que a más glándulas genitales mayor longevidad, injertó en ancianos, un tercer testículo. Pese a subir mucho el valor del teste, la verdad es que pronto escasearon, porque hay cosas con las que no se juega. Voronoff tuvo, así, que echar mano de los testículos de chimpancé, para ayuda de sus clientes maduros, magnates, potentados, y hombres de letras como Anatole France o George Bernard Shaw.

El injerto entraba pronto en un proceso degenerativo, pasando sus sustancias a la circulación; esto activaba las glándulas sexuales, y se traducían en una cierta prosperidad de sus funciones, y en una mejoría general del organismo.

Él mismo probó de su medicina, y, como los dos fisiólogos antes citados, murió longevo. Luís Escobar, marqués de las Marismas del Guadalquivir, en la realidad, y marqués de Leguineche, en el celuloide de Berlanga, cuenta cómo en una recepción diplomática se presentó un octogenario muy tieso, del brazo de una esbelta y joven rubia, que era su mujer. Ese octogenario era el doctor Voronoff, de visita por España.

Podría creerse que, como en el caso de Simon de Beauboir, por el solo hecho de su condición femenina, las damas sufrían un serio handicap al carecer de aparato genital adecuado, concretamente por estar privadas de criadillas. Pero en la realidad de la historia, las hembras más creídas, de lo que ahora llamamos jet-set internacional, no toleraban en absoluto envejecer, y también apelaban a Voronoff y a los fluidos de glándulas de chimpancé; unas, las más recatadas, los compraban para inyectárselo por sí mismas, otras, las más resueltas, desfilaban por el consultorio, para ser atendidas directamente por el bueno de Voronoff. Algunas aguantaron graves infecciones, otras quedaron hechas una pena, y a las de mayor suerte no les acaeció nada.

A la muerte de Voronoff, en 1951, el doctor Marañón, le dedicó esta necrológica: “soñó con entusiasmo y con ingenuidad en alargar la vida a los hombres. Creía tanto en sus sueños que él mismo fue su cliente más convencido. Y él mismo ha sido ejemplo de que lo único que puede lograrse por sus métodos de rejuvenecimiento o por otros cualesquiera es dar a la vejez inevitable una discreta apariencia de brevedad, sin dilatar el caudal de vida que a cada uno nos da Dios”.

Marañón hablaba de ingenuidad; pero por esa misma época estaba empeñada, en encontrar la eterna juventud, la candorosa doctora Asland con su gerovital; y hoy aún se insiste en el apiserum, y más moderno es el ciripolen, del paisano extremeño Cirilo, que lo descubrió en su campo, con las hierbas que ingería su burro, que le ponían más burro que nunca.

No se lo tomen a broma. Todos estos productos, y otros más, están en el mercado, al alcance de unos cuantos euros, aunque la realidad es que el humano sigue envejeciendo y muriendo. Pero hay otras investigaciones que parecen más formales y circunspectas.

Pienso en el prodigio de Alexis Carrel, a quien cité antes diagnosticando sobre la transfusión al Papa Inocencio VII. El próximo día 28 de este mismo mes de junio se cumple el 125 aniversario del nacimiento de Carrel; pero no es ese el motivo de que, ahora, lo evoque yo, de nuevo; sino el hecho de que por uno de sus más conocidos experimentos, más de un optimista llegara a creer que podemos ser inmortales.

¿Y sin embargo, quién conoce o se acuerda, hoy, del francés Alexis Carrel? Es otro olvidado, pese a que su currículum no pudo ser más brillante: Licenciado en Letras, Doctor en Medicina y cirujano, universalmente conocido por sus estudios y sus prácticas en el cultivo

de los tejidos, padre de la cirugía vascular y de los trasplantes (riñón, bazo, orejas, tiroides...), premio Nóbel en Medicina 1912, inspirador de los bancos de órganos, para evitar, en los injertos, la espera de un posible donante...

Fue, al mismo tiempo, uno de los científicos más leído por nuestra juventud, en más de veinte idiomas, sobre todo el maravilloso libro, titulado *El hombre ese desconocido*. Pero de todo ello, sólo sacó una existencia de intensas peripecias, y llena de paradojas:

- Alumno de los jesuitas, en Lyon, y agnóstico. Alumno de los jesuitas hasta que se les expulsó de Francia, a resultas de la ley Ferry de 1882, que impuso la escuela pública de carácter laico y obligatorio. Y ateo, que ponía en solfa los milagros, hasta que en 1902, tras diagnosticar escasas horas o fechas de vida a Marie Bailly, jovencita moribunda por peritonitis tuberculosa, presencié, en Lourdes, su curación prodigiosa, que certificó en el Bureau Medical de dicha ciudad, organismo científico responsable del análisis técnico de las curaciones.
- Por este informe, y cuando ya contaba con la aversión del clero por su anterior incredulidad, se ganó la de sus colegas médicos que le aseguraron que, con tales ideas, la Universidad de Lyon, donde era profesor, no le abriría más sus puertas.
- Esto le obligó a emigrar a Canadá y a Estados Unidos, primero a la Universidad de Chicago, y luego a Nueva Cork, al Instituto Rockefeller para la Investigación Médica; apoyado por la comunidad científica, defiende la eugenesia, entonces de moda entre los intelectuales, por ejemplo nuestro Marañón.
- Al comenzar la II Guerra mundial, acude a remediar la situación sanitaria de Francia, que se lo agradece acusándole posteriormente de nazismo, racismo, y colaboracionismo, por haber aceptado de Petain un cargo científico que le permitió erigir, en el París ocupado, el Instituto del Hombre, en pro del desarrollo del niño, de las buenas condiciones de trabajo, y de la solución de otros problemas humanos.

También fue acusado de nazismo el héroe Lindbergh, amigo y colaborador de Carrel. Se produce aquí un caso típico de falacia de asociación, conocido precisamente como *reductio ad Hitlerum* o *argumentum ad nazium*, denunciada originariamente por el pensador

judeo-americano, de origen alemán, Leo Strauss, profesor de las Universidades de Chicago y Stanford. Es una variante del argumento lógico *reductio ad absurdum*, por el que se concluye que dado que Hitler era perverso, lo es todo lo que él hacía, fuera lo que fuere. Como ustedes comprenderán este modo siniestro de pensar admite muchas variantes: *reductio ad Francum*, *reductio ad Zapaterum*, *reductio ad Aznarum*, etc.

Por dicha infausta asociación, pese a la importancia científica de Carrel, pese a ser miembro de numerosas sociedades de todos los países, *Honoris causa* de varias Universidades, distinguido con la Légion d'Honneur de Francia y la de la Orden Leopold de Bélgica, a sus exequias no asiste nadie como delegado de algún organismo oficial; su nombre se retiró de las calles de más de veinte ciudades, salvo en París.

Y se estigmatiza la eugenesia. Cuando se conocieron los horrores del nazismo, muchos países evitaron el uso del término "eugenesia", aunque seguían practicándola, pues no se ha frenado, en absoluto, la investigación sobre sus causas, ni la aplicación de técnicas médicas que mermen la incidencia de los defectos congénitos.

Medio siglo después de morir Carrel, el presidente Mitterand reconoció su honradez cívica e intelectual, que regresó a su patria perturbada por la guerra, con el sólo propósito de entregarle un mensaje de esperanza, resumido en un atrevido programa científico-espiritual proyectado hacia el futuro.

En este momento es bueno recordar, aquí, las palabras de Carrel: "el buen éxito de la vida individual es siempre posible, a pesar de que algunos aspectos del individuo sean deficitarios, mientras que el mismo éxito es incompatible con la ausencia de una personalidad moral. Las reglas de una buena conducta de la vida individual deben, más allá del individuo, dirigirse a los otros individuos presentes y futuros. La salvación de uno no debe verificarse a costa de la salvación de otro. El éxito de la vida sobre la tierra depende del resultado de la vida de cada ser humano, del esfuerzo de cada uno....El éxito de la vida colectiva se obtiene por medio del amor fraternal, por la supresión de las clases sociales, el acceso de todos a la propiedad, la posibilidad de que cada uno pueda acceder a la vida espiritual: intelectual, estética, y religiosa".

Bueno, y ¿qué hay de ese conocido experimento, que se citó ya hace un rato, y que hizo que más de un optimista llegara a creer que podemos ser inmortales?

Bien. Carrel, máximo especialista en trasplantes, obtuvo numerosos éxitos en el campo de autoinjertos animales, pero encontró rechazos en los homoinjertos, entre órganos de individuos distintos de la misma especie. Pero siguiendo sus teorías, comenzó a transplantar, a un cultivo ideado por él, células de tejido conectivo del corazón de un embrión de pollo, que se mantuvo vivo durante muchos años. El hecho atrajo la atención porque no se creía que partes vivas de un cuerpo pudieran seguir viviendo “en una botella”, como despectivamente se decía; la prensa dio amplia información de cómo células somáticas, sustraídas del resto del organismo e inmersas en un medio nutritivo apropiado, se hacían prácticamente inmortales. En 1912, cuando el premio Nóbel, el insigne científico ya disponía de técnicas adecuadas y fiables.

A partir de 1935, el número de fallecimientos supera al de nacimientos, por vez primera en Occidente; los problemas del descenso de la natalidad son patentes y se hacen problema universal; son los primeros pasos hacia el envejecimiento de la población. Ese mismo año de 1935, con la colaboración de Charles Lindbergh, primer piloto en cruzar el Atlántico en un vuelo sin escalas y en solitario, ideó un artefacto, con el que se realizaron experimentos sobre la perfusión de órganos; es una especie de corazón artificial, que proporcionaba un sistema de respiración estéril a los órganos que se habían extraído del cuerpo. Todo ello lo explica en un libro, que escribe con el heroico aviador, sobre *El cultivo de los órganos* (1938); sus contribuciones para entender el fenómeno de la regeneración, el crecimiento, la nutrición, y el funcionamiento de las secreciones internas, fueron decisivas.

Alexis Carrel, tras dos crisis cardíacas consecutivas, fallece el 4 de noviembre de 1944. Sin embargo, el corazón de su pollo, inmerso en el oportuno líquido nutritivo seguía vivo. ¿De verdad era inmortal? Los discípulos de Carrel, cansados de atender el montaje del maestro, de vigilarlo, de gestionar las prácticas periódicas de limpieza y nutrición, necesarias para la supervivencia de la pobre víscera aviar, lo abandonaron a su suerte; mala suerte, pues también dejó de existir.

Ni los testículos de chimpancé, ni el cultivo de Alexis Carrell, ni la teoría de Leonard Hayflick, nos han hecho inmortales. No somos, pues, eternos. Pero, ¿sería gratificante repetir nuestra existencia?; con la experiencia adquirida en la primera vuelta, ¿no lo haríamos mejor después, no disfrutaríamos más?

Gar-Mar, acróstico de García Martínez, ideó un pueblo, en el que el individuo nacía, crecía, se desarrollaba, envejecía, y a continuación no moría; sino que emprendía una vía de retroceso, pasando de nuevo de la senectud a la adultez, de ésta a la juventud, luego a la adolescencia y a la infancia, para diluirse y esfumarse tras toda esta andanza.

Esto no es más que la fantasía o quimera de un escritor. Si embargo, hay otras posiciones, creencias profundas que pasan por la reencarnación; es decir, que entienden que una esencia individual de la persona, llámese alma, mente, energía, karma vive varias veces, y no una, en distintos cuerpos de la tierra; tras la muerte, se separa del cuerpo y toma otro, para continuar otra vida mortal; las almas pasan por ciclos de muertes y nuevas encarnaciones.

La creencia en la reencarnación ha estado presente en la humanidad desde sus orígenes: en la prehistoria, en la religión egipcia, en la griega, y en la romana, en las modernas sociedades teosóficas; en la mayor parte de la religiosidad oriental (hinduismo, budismo, y taoísmo), también en la mayoría de las devociones tribales de África, de América y Oceanía, en el pensamiento pitagórico, en Platón... La creencia de que una persona fallecida volverá a vivir, o a aparecer con otro cuerpo, ha subsistido, aunque bajo la forma de herejías y posturas no oficiales, incluso dentro de las tres grandes religiones monoteístas (Cristianismo, Judaísmo, Islamismo), que son prácticamente las únicas que la rechazan.

Esta creencia congrega heterogéneas denominaciones como trasmigración (migrar a través de), renacimiento, o *palingenesis*, del griego *palin* (de nuevo) y *genesis* (nacer), aludiendo todas a una misma idea: la de migrar a través de la carne, la de volver a encarnarse, o volver a nacer.

A significar lo mismo vienen otras designaciones menos conocidas, cuyo sentido o etiología manifiesta diversas peculiaridades de la misma idea, como reincorporación o metensomatosis (tomar otro cuerpo), o metempsicosis (sucesivo espíritu); pero siempre en alusión a la existencia de un alma o espíritu que viaja o aparece por distintos somas.

Respetemos las creencias, pero vamos a terminar; pues si no somos inmortales ni renacemos, no tenemos la eternidad para seguir dando vueltas a estas ideas. Veamos la afirmación que nos da el final del título de esta conferencia: para qué queremos la inmortalidad o la reencarnación; no nos hace falta. Vivamos nuestra vida felizmente.

La reencarnación en otros cuerpos no implica la consciencia de la vida anterior, pese a que de vez en cuando se dice que alguien recuerda algo que experimentó en existencias previas. Personalmente no me resulta atractivo; me lo sería si al vivir nuevamente mi preexistencia, me percatara de las mismas vivencias, las mismas experiencias, de modo que pudiera estar más atento a lo que me sucede o me va a suceder, que pudiera vivirlo con más intensidad, con más decisión, corrigiendo errores o irresoluciones, con más sabor. Pero entonces ¿puedo seguir disfrutando de mi libertad? Al rehacer mi vida no obligo a los demás, y ellos a mí, a vivir de otro modo, al que yo escogí. ¿Es eso posible? ¿Para qué vivir, entonces, dos veces?

Vivir, pues, una nueva vida, que ni siquiera sé que es otra, en la que no sé que yo soy aquel que era, que carezco de mi libertad y de mi identidad, en la que he perdido mi yo, mi sí mismo; eso no interesa.

Esto es lo que nos hace interesante la vida presente: saber que, pese a los cambios a las diferencias, yo soy siempre el mismo que era, aquella criatura excitada y expectante en su primera comunión; aquel adolescente jadeante porque rozaba el cuerpo de su primer amor; aquel muchacho orgulloso en su licenciatura, y mudo de admiración cuando advertía que la muchacha más maravillosa del mundo avanzaba sonriente por las escaleras para unirse a él, ante el altar, por toda una vida; aquel joven que temía tomar en sus brazos inexpertos la carne palpitante del hijo recién nacido, aquel padre emocionado al ver cómo su hija afloraba desde el vientre maternal... Si en mi reencarnación no voy a revivir esto, ¿para qué la quiero? Quiero que mis recuerdos sean mi segunda vida.

¿Y qué de la inmortalidad? Sospechoso es ya ver que, en los mitos griegos, entre los males que los dioses pueden enviar a los hombres está el condenarlos a no morir. ¿La inmortalidad para qué? ¿Para descubrir, con Borges, que ser inmortal es baladí; que menos el hombre, todas las criaturas lo son, pues ignoran la muerte; que lo terrible e incomprensible –aunque sea lo divino- es saberse inmortal? ¿Para ser infeliz como el inmortal de su novela, buscando con afán -a través de la historia y de las culturas- recuperar la muerte, y entonces, silencioso e incrédulo, repetirme a mí mismo, para convencerme: soy mortal, me parezco a todos los hombres, en breve seré Nadie, como Ulises; en breve seré como todos, muerto?

Inmortal, ¿para qué? ¿Para ser desgraciado como Fosca, el personaje de Simone de Beauvoir, pues deduce que si todos los hombres son mortales -y las mujeres también-, y él es inmortal, es que él no es humano? ¿Para darme cuenta de que todo acaba muriendo, menos yo que me quedo solo? ¿Para vagar indefinidamente, con sufrimiento eterno pues mis afectos, mis amores, mis recuerdos mueren, pero yo jamás? ¿Para descubrir que la inmortalidad es la soledad?

¿Para descubrir con el Génesis y con Paul Ricoeur, que no es ya que la inmortalidad sea una ilusión, sino que es una mala incitación, una tentación? Es querer lo diabólico, es querer ser como Dios, es querer condenarse, es querer quedarse solo.

Con la inmortalidad, además, cada acción, cada conducta, es reverberación de otras precedentes, pero sobre todo son anuncio exacto de otras gestiones afines, repetidas, de modo incesante, hasta el aburrimiento. La muerte, por el contrario, hace válida y bella la vida del hombre, que aprecia que cada acto suyo, o cada pensamiento, pueden ser últimos, y por eso tienen el valor de lo irrecuperable y de lo arriesgado.

Por fortuna se muere. Comprende que ser inmortal, en nuestra condición, es un perpetuo envejecer. Aprende que hay que aceptar morir para ganar la vida, para lograr que ésta tenga sentido y valor, estando al corriente de qué hacer con ella; sabiendo que no interesa una vida dilatada y mustia, sin significado, que es mejor una vida efímera y memorable; es decir, que viva en mi memoria y en la de los míos, una vida en la que se sabe vivir, porque se sabe que se ha de morir, y cómo morir.

Con tal de vivir, no podemos estar dispuestos a renunciar a las razones para vivir; es el sentido de la sentencia clásica "propter vitam vivendi perdere causas", pues ¿de qué sirve una larga existencia cuando no va acompañada de motivaciones para vivirla? ¿Acaso la prolongación indefinida de una vida poco más que vegetativa puede ser considerada un logro?

La vida es valiosa no ya por ser vida sin más, o sin final, sino porque es propiamente humana, provista de dignidad, de libertad, de consciencia, de justicia, de relaciones, de diálogo, de amistad. Lo válido o valioso no es la vida en sí misma, sino lo que hacemos en ella y con ella, cómo la vamos cumpliendo, cómo la llenamos de contenido y cómo le damos sentido.



Y aunque sí es cierto que ya marcamos unos cuantos años, y aún calzaremos más, la vida nos seguirá siendo valiosa si mantenemos en vilo ilusiones hasta el final, por ejemplo el poder daros, desde aquí, a todos un abrazo.

Con esto, ¿para qué nos hace falta la inmortalidad?

Muchas gracias por su atención.